

Cuando lo desconocido se convierte en tu mejor maestro

Por Andrea Guerra
(aeguerra@usfq.edu.ec)



Miedo, cansancio, pereza, estrés, angustia. Estas fueron varias de las expresiones que vi en las caras de mis alumnos la primera semana de clases en línea. Rostros que normalmente están llenos de alegría, rostros sonrientes, rostros que expresan tranquilidad, ahora los veía llenos de confusión. ¿Será que esto va a funcionar? Fue la pregunta que tanto ellos como yo nos hicimos en esa primera semana.

Todo era nuevo para todos. Muchos nunca habían tenido una clase en línea y yo nunca había dado una clase en línea. Así, pasé el fin de semana buscando herramientas para aprender a hacerlo bien. Hicimos algunas pruebas de Zoom con varios colegas.

Probamos los micrófonos, las cámaras, la conexión, todo. Nos surgieron dudas que sentíamos que nos estaban paralizando y entre nosotros intentamos darnos palabras de aliento y decirnos que todo iba a salir bien.

Llegó el primer día y en ese instante surgió la primera duda: ¿les pido que prendan la cámara o no? Las dos primeras clases trabaja-

Quería innovar, y que la hora de clase se convirtiera en un espacio seguro en el que ellos pudieran expresarse y aprender sin miedos.

mos sin cámara porque tenía miedo de que la conexión a internet se hiciera lenta, que se trabara la clase o que no me estuvieran escuchando bien. Pero cuando mis colegas me contaron que ellos pedían a sus alumnos prender las cámaras, vi que la conexión continuó funcionando sin problemas.

Se puso mejor cuando nos vimos las caras. La interacción se volvió activa, se tornó más natural. Los chicos empezaron a sentirse cómodos nuevamente, al conversar entre ellos, al hacer chistes, al contar alguna anécdota o expresar sus miedos e inquietudes. Y entonces constaté que las clases se volvieron más unidas, ellos más amigos y yo me sentía más tranquila.

Los breakout rooms acabaron convirtiéndose en mis aliados. Me di cuenta de que cuando están en parejas se sienten más seguros de

compartir lo que sienten. De esta forma, pude ver cómo se ayudaban entre ellos. Miré que se corregían y cómo demostraban que habían aprendido la materia de una forma espectacular. La calidad de los trabajos que he recibido ha sido altísima.

No nos costó mucho entender que esto era algo nuevo para todos. Que podría resultar un poco raro, que podía provocarles miedo; pero así sucede con todo lo nuevo. Y entonces, los vi dispuestos a dar todo de sí, a ponerle aún más ganas. Eso me motivó a ponerle 101% más a todo.

Quería innovar, y que la hora de clase se convirtiera en un espacio seguro en el que ellos pudieran expresarse y aprender sin miedos. Y cuando nos dimos cuenta, ya había pasado un mes de clases. Todo pasó muy rápido.

Dar clases en línea es un reto, un desafío. Es así que comprendí que debemos adaptarnos a las situaciones que la vida nos coloca. Y pude percibir que, en la Universidad San Francisco, lo estamos haciendo bien.